El laberinto de Flandes

La guerra de los 80 años. Vol. 1.

Ignacio José Notario López

www.hrmediciones.es

Dedicado para Conchi, Daniel, Laura, papá y mamá.

Indice

Introducción 7
Antecedentes históricos 9
El arte de la Guerra 19
El comienzo. 43
Primera invasión 57
Alba en campaña 71
Alba y Nassau. 91
La revuelta 111
Segunda invasión. 131
La hazaña de Goes 161
El asedio de Haarlem 169
La última fase de Alba 197
Mook 215
Motines y saqueos 235
Leiden 241
Schouwen-Duiveland 251
La furia española 279
Don Juan de Austria 299
Anexos y Apéndices 307
Bibliografía 359

Introducción

España mi natura, Italia mi ventura, Flandes mi sepultura.

La Guerra de los 80 años es el conflicto por antonomasia en el que los españoles solemos situar – siendo afortunados – la actuación de los tercios en «Holanda». De manera general, esa es la idea principal que se conoce, generalmente asociada a la *Leyenda negra,* al duque de Alba y poco más. Incluso habrá quienes no la conozcan por ese nombre, sino por el más habitual de la «Guerra de Flandes».

La realidad es que este conflicto, que tuvo lugar en distintas fases desde 1566 hasta 1648, supuso un auténtico desafío para la corona española. Allí se jugaron los destinos de naciones, se forjaron leyendas y, sobre todo, se vertió mucha sangre por todos los bandos. Fue en esta guerra donde comenzaría a hacerse realidad la frase del Conde-duque de Olivares de «Todos contra nos, nos contra todos», y también fue aquí donde los tercios de infantería y sus capitanes forjaron una leyenda que no solo debe tenerse en cuenta en la historia militar española, sino en la mundial.

Flandes supuso la mayoría de edad de los tercios de infantería española, sin olvidar al resto de unidades que militaban bajo las banderas de la Monarquía Hispánica. Su flexibilidad, unida a unos soldados veteranos, perfectamente instruidos y con un «sprit de corps» impensable hoy en día, dieron como resultado algunas de las victorias más famosas de la época.

Por eso esta obra tiene por objeto describir unos hechos lo más objetivamente posible, intentando describir los acontecimientos de la

manera más fiel a la realidad. Cuando se afirma que un ejército o una nación protagonizaron unos sucesos se ha hecho intentando tener en cuenta lo sucedido, más allá de apasionamientos. Una lectura reposada hará ver que la Guerra de los 80 años es digna de ser recordada por los descendientes de las naciones participantes en ella. El estudio de este conflicto también puede proporcionar a los ejércitos actuales varios puntos a tener en cuenta, como son la importancia de las «armas combinadas» o la aplicación de los principios fundamentales del arte de la guerra; a saber, voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución.

Juzgue el lector de estas líneas si se ha conseguido ese objetivo y al menos en parte podría Don Francisco de Quevedo darse por satisfecho y reconsiderar lo que escribió:

Ya pues es razón que despertemos y logremos parte del ocio que alcanzamos en mostrar lo que es España, y lo que ha sido siempre… Tenemos pues dos cosas que llorar los españoles: la una, lo que de nuestras cosas no se ha escrito, y lo otro, que hasta ahora lo que se ha escrito ha sido tan malo, que viven contentas con su olvido las cosas a que no se han atrevido nuestros cronistas, escarmentadas de que las profanan y no las celebran. Y así, por castigo, ha permitido Dios todas estas calamidades, para que con nosotros acabe nuestra memoria.

Antecedentes históricos

El inicio de la relación de «Flandes» con la Corona de España hay que situarlo en el reinado de los Reyes Católicos y en su enfrentamiento con Francia. Las desavenencias y apetencias por distintos territorios entre los dos reinos eran abundantes: Navarra, Rosellón y la Cerdaña, el apoyo francés a *La Beltraneja*[1], las posesiones aragonesas en Italia...

Todas estas disputas llevaron a las diferentes cortes europeas a tejer una red de alianzas buscando ayuda en caso de conflicto bélico. El 31 de marzo de 1495 se formaba la «Liga Santa» que teóricamente tenía como objetivo la defensa de los Estados Pontificios ante los otomanos y el expansionismo francés. Esta coalición formada por la Serenísima República de Venecia, el Sacro Imperio Romano Germánico, Milán y España, se reforzó aún más al año siguiente con la adhesión de Inglaterra. Una alianza con participantes tan dispares y en ocasiones con apetencias territoriales similares no podía durar en el tiempo, pero aun con dificultades, Francia se vio obligada a retirarse de Nápoles, que era uno de los objetivos de Fernando el Católico.

Como *pegamento* de todas estas maniobras que tenían como fin las alianzas entre unas naciones y otras para aislar a Francia, los Reyes Católicos

1 Juana de Castilla (Madrid, 1462 – Lisboa, 1530) conocida como *La Beltraneja*, fue la hija de Enrique IV de Castilla, hermano de Isabel. Sobrina y tía se enfrentaron por la corona de Castilla en la guerra civil castellana de 1475. El apelativo proviene de la supuesta paternidad del valido del rey, Beltrán de la Cueva, en lugar del monarca.

emplearon a sus hijos en matrimonios concertados, como era habitual en todas las cortes europeas.

Juan, el heredero, casó con Margarita de Austria; Catalina con Enrique VIII; Isabel con Manuel de Portugal, al igual que su hermana María tras el fallecimiento de Isabel; y Juana con Felipe de Habsburgo, o como ha pasado a la historia, Felipe *El Hermoso*[2].

Hay que recordar que Juana era la tercera en la sucesión de sus padres, ya que el príncipe de Asturias y de Gerona era Juan y tras él figuraba Isabel. La repentina muerte del primogénito hizo recaer la futura corona en la ahora reina de Portugal, pero su fallecimiento y el de su hijo, además de evitar la unión ibérica, llevó a Juana al trono y con ella, a su esposo. Así la historia de Europa, que podía haber ido por unos derroteros, desembocó en otros muy distintos.

Así pues, tras la muerte de Isabel de Castilla en 1504, accedió al trono su hija Juana y, por consiguiente, Felipe. *El Hermoso* no tuvo reparos en intentar apartar de la vida política a su esposa, poniendo como excusa su salud mental; la muerte de éste el año siguiente acabó con un periodo en el que se concedieron títulos y puestos de importancia en Castilla a nobles de Flandes, seguidores de Felipe que le habían acompañado a España. A estos problemas con los naturales de Castilla se le sumó el envío a Flandes de grandes cantidades de dinero, para sufragar la lujosa corte flamenca. No deja de ser curioso que años después, este mismo motivo sería aducido por los flamencos como queja ante el rey de España.

En 1509 Fernando de Aragón enclaustró a su hija en Tordesillas tras haber dado repetidas muestras de incapacidad para reinar, supuestamente achacable a la locura que padecía y con cuyo sobrenombre se la conoce desde entonces.

Su hijo Carlos, que fue nombrado rey de Castilla y de Aragón en 1519 y reconocido por las Cortes correspondientes, mantuvo a su madre recluida, aunque nominalmente compartían el trono, y así se reconoce en todos los documentos firmados de la época, hasta 1555, fecha del fallecimiento de Juana.

---

2 Parece ser que el origen de este apelativo surge cuando el rey de Francia, Luis XII, al verle por primera vez, exclama: «He ahí un hermoso príncipe». También es posible que proviniera de alguna de sus múltiples conquistas amorosas, que le provocaron más de una discusión con Juana, incluida la ocasión en la que agredió a una dama de la corte, sospechosa de ser amante de su marido.

De esta manera, el futuro emperador obtuvo por parte materna las posesiones castellano-aragonesas en la Península Ibérica (incluida Navarra), Italia, el Mediterráneo, las islas Canarias y las Indias. Por la rama paterna obtenía los Países Bajos, el Franco Condado y el Charolais – estos territorios eran conocidos de manera genérica como «Flandes» – además, heredó Estiria, Carintia, Tirol, Austria y Carniola, que eran los dominios patrimoniales de los Habsburgo. Consiguió también el título de duque de Borgoña, aunque no el territorio, que en ese momento se encontraba bajo dominio francés; y también adquirió ciertos derechos de reclamación sobre el Milanesado, en el norte de la península itálica, disputado con los franceses.

Años después, en 1549 y mediante la Pragmática Sanción, el emperador Carlos declaró la unión de todos los territorios de Flandes en una unidad indivisible, las Diecisiete Provincias, que serían gobernadas por un único gobernante, el *Heer der Nederlanden*[3] (Señor de los Países Bajos).

Estas diecisiete provincias fueron las siguientes[4]:

Ducado de Brabante
Ducado de Limburgo
Ducado de Luxemburgo
Ducado de Gelderland
Condado de Flandes
Condado de Artois
Condado de Hainaut
Condado de Holanda
Condado de Zelanda
Condado de Namur
Condado de Zutphen
Marquesado de Amberes
Señorío de Frisia
Señorío de Malinas

3 Actualmente en los Países Bajos, sus ciudadanos se refieren a su propio país como *Nederland* (singular) y para las 17 provincias que se citan en la Pragmática Sanción como *Nederlanden* (plural).

4 Es bastante difícil establecer con precisión cuáles eran las diecisiete provincias, puesto que la denominación y los límites de cada unidad territorial fluctuaron durante los siglos XV y XVI. La presente lista se basa en la relación escrita en 1581 por Lodovico Guicciardini en su libro *Descripción del conjunto de los Países Bajos*. En 1588 el mismo Guicciardini señaló en una reedición de su obra que el marquesado de Amberes era parte de Brabante y que Zutphen era parte de Gelderland, y que sería mejor añadir en su lugar Tournai y Valenciennes.

Señorío de Overijssel
Ciudad y país de Utrecht
Ciudad y país de Groningen

De esta manera se procuraba unificar en cierta medida unos territorios con tanta disparidad de leyes y privilegios como de riquezas. El señor natural sería Carlos V y posteriormente sus descendientes; el cargo fue asumido por su hijo Felipe II de España en 1555, y es a partir de entonces cuando aquellas provincias empiezan a denominarse *Países Bajos españoles*. Ahora bien, no está claro dónde se originó este nombre; hay quienes afirman que respondía a un intento de subordinar el territorio de las Diecisiete Provincias a España más que al monarca; pero también es posible que fueran los propios rebeldes flamencos los que, varios años después, con el conflicto ya iniciado, propiciaran esa denominación para buscar otro motivo para incentivar la revuelta y la resistencia, y para ello nada mejor que difundir la idea de una supuesta supremacía española y subordinación de la región.

Antes de su ascenso al trono, Felipe II había viajado por los territorios natales de su padre, con motivo de la guerra contra Francia, y para que sus futuros súbditos conocieran a su próximo rey; su carácter reservado y a la vez austero había causado una grata impresión en Italia, pero no tuvo el mismo éxito en Flandes. Su personalidad, unida al desconocimiento del idioma flamenco, sembró entre los naturales la idea de un futuro monarca distanciado; posiblemente entonces comenzaron a temer que se apoyaría más en sus otros reinos que en los Países Bajos, que durante varios años había sido el epicentro del imperio carolino.

El 25 de octubre de 1555 el rey-emperador Carlos V abdicó en Bruselas como soberano de los Países Bajos; la renuncia a Borgoña tuvo lugar el 10 de junio de 1556. En 1559, siendo ya rey y tras la paz de Cateau-Cambrésis[5], que

5 Firmado en abril de 1559 el tratado supuso la culminación de la política española y se podía resumir en la frase «Paz entre los cristianos y guerra contra los infieles», al menos en teoría. Ambas naciones se intercambiaron las plazas fuertes conquistadas; España abandonaba la pretensión de la herencia flamenca sobre el ducado de Borgoña y Francia hacía lo propio con la península italiana. El ducado de Saboya volvía a Manuel Filiberto, amigo personal de Felipe II y comandante en jefe del ejército con Carlos V y con Felipe II. Por otra parte, se reconocía el dominio francés sobre Calais, antigua posesión inglesa: el acuerdo especificaba que habría que devolver la ciudad a la monarquía inglesa a los ocho años o, de lo contrario, pagaría Francia una compensación de medio millón de ducados; la plaza no se devolvió, por lo que es posible que la nueva reina de Inglaterra, Isabel I, empezase entonces su famosa animadversión a España ante la poca resistencia diplomática que Felipe hizo por mantener Calais lejos de los franceses. El tratado de paz de 1559 también contemplaba dos matrimonios como garantía de fraternidad entre los dos países: Felipe II se casó con Isabel de Valois, hija del rey francés, y Manuel

Leo belgico, de Claes Janszoon Visscher (hacia 1601). Tradicionalmente se representaba a las Diecisiete Provincias con la imagen de un león, estilizando su geografía. Fuente: Wikipedia.

supuso la hegemonía española sobre Francia, Felipe convocó a los Estados Generales[6] y, reunidos en Gante, designó a su media hermana Margarita de Parma[7] como gobernadora de las Diecisiete Provincias. Había otros

Filiberto de Saboya con Margarita, hermana del monarca francés. En un plano diferente, Cateau-Cambrésis significó un efímero espíritu de alianza común entre Francia y España con el objetivo conjunto de combatir las herejías que amenazaban a Europa; pero poco duró este espíritu cooperativo pues Enrique murió en un torneo el 10 de julio de 1559 y sus sucesores Francisco II y Carlos IX tuvieron que lidiar con las Guerras de religión, entre católicos y hugonotes, aunque Carlos IX alentó a los protestantes holandeses en su lucha contra España.

6 Estados Generales: en las Diecisiete Provincias era una especie de asamblea donde los representantes de las distintas zonas decidían las peticiones que hacer al señor natural y a la vez tomaban en consideración las que éste les hacía; especialmente importantes y trascendentes eran las deliberaciones sobre peticiones de fondos económicos.

7 Margarita de Austria (Oudenaarde, 1522 – Ortona, 1586), más conocida como *De Parma*; era hija natural del emperador Carlos V y la dama flamenca Johanna Maria van der Gheynst. Margarita fue acogida por su

dos candidatos para el puesto, cuyos nombres se harían famosos en los años venideros: Guillermo de Nassau[8], príncipe de Orange[9], y Lamoral de Montigny[10], conde de Egmont. Ambos habían prestado grandes servicios a Carlos V y a su hijo; Egmont participó de manera destacada en las batallas de San Quintín (10 de agosto de 1557) y Gravelinas (13 de julio 1558).

Pero Felipe, en líneas generales, mantuvo a los nobles de la zona con cargos de poder: Guillermo de Nassau obtuvo la gobernación de Holanda y Zelanda, y Egmont el condado de Flandes. El resto de territorios, a excepción del ducado de Brabante que quedaba bajo el propio gobernador de las Diecisiete Provincias, quedó también bajo control de flamencos.

Una pregunta lógica que nos podemos plantear es qué hubiera ocurrido de haberse nombrado gobernador a Egmont o al propio Guillermo de Nassau. ¿Hubieran mantenido su lealtad a Felipe II, incluso reprimiendo a sus compatriotas en caso de producirse algún levantamiento o protesta?

---

tía abuela, también llamada Margarita, consorte de Juan, primogénito de los Reyes Católicos – y, por lo tanto, durante cierto tiempo, fue Princesa de Asturias (curiosamente también por un tiempo fue Delfina de Francia, aunque no llegó a casarse con el heredero francés); Margarita era hermana de Felipe *el Hermoso* y, por tanto, tía del emperador Carlos-. Sin duda el ascendiente de Margarita sobre su sobrino logró cierto reconocimiento para la hija natural, que de otro modo hubiera tenido un futuro con muchas menos responsabilidades e importancia. La joven Margarita, de 13 años, se casó con Alejandro de Médicis, y cuando éste fue asesinado al cabo de un año, regresó a los Países Bajos; al cabo de dos años se casó con Octavio Farnesio, duque de Parma: de este matrimonio nació Alejandro Farnesio, uno de los mejores generales de la historia militar española. Margarita era una mujer muy culta e inteligente, piadosa – había sido educada por jesuitas-, y tenía un carácter conciliador lo que, unido a las dobleces de alguno de los flamencos con los que trató cuando fue nombrada gobernadora de las Diecisiete Provincias, la inclinó a llevar una política de apaciguamiento y entendimiento que se demostró inútil, aunque también por estar limitada por las órdenes de su hermanastro Felipe II.

8 Guillermo de Orange-Nassau (Dillenburg, 1533 – Delft, 1584) era el heredero de una importante familia alemana, los Nassau. Cuando en 1544 fue nombrado príncipe de Orange, heredó importantes feudos en Francia y en las Diecisiete Provincias, iniciándose así su estrecha vinculación con aquellas tierras. Sirvió a las órdenes del emperador – que había sido su mentor político y albacea de facto de su herencia-; amigo personal de Felipe II, se fue distanciando de este a medida que no fue logrando culminar sus apetencias políticas. Es conocido indistintamente por los dos apellidos, Nassau y Orange, y así aparece a lo largo del texto.

9 El principado de Orange se encontraba en el sur de Francia, en la región de la Provenza, al norte de Avignon, y tenía una extensión de unos 290 kilómetros cuadrados. Guillermo recibió el título por el testamento del último heredero, su primo René de Chalon en 1544: su fallecimiento se produjo combatiendo en las filas de Carlos V y, como condición, exigió que Guillermo fuera criado en la fe católica.

10 Lamoraal, príncipe de Gavere y conde de Egmont (Lahamaide, 1522 – Bruselas, 1568) fue un miembro de la poderosa familia Egmont, de las más nobles y acaudaladas de las Diecisiete Provincias. Sirvió al emperador Carlos y al rey Felipe II en las guerras contra Francia, siendo el artífice de la victoria de Gravelinas (13 de julio de 1558). Era miembro de la Orden del Toisón de Oro, capitán general de los Países Bajos, estatúder de Flandes y Artois. Ante la cada vez mayor presencia de dignatarios y representantes reales de fuera de Flandes, intentó reivindicar el papel de la nobleza local en la gobernanza de las Provincias; su confuso papel en la vorágine política de 1566-1568 motivó que fuera identificado como uno de los cabecillas de la rebelión, por lo que sería encarcelado y ejecutado.